

LECTURA DE LA PANDEMIA COVID-19 DESDE EL LEGADO DE IVÁN ILLICH.

READING OF THE COVID-19 PANDEMIC FROM THE LEGACY OF IVÁN ILLICH.

Carlos Eduardo de Jesús Sierra Cuartas¹

Resumen

La actual pandemia ha tomado por sorpresa al planeta entero, máxime al carecer aún de una gobernanza global efectiva de cara a éste y otros problemas harto delicados, incluido el calentamiento global, cuestión complicada a fuer del semblante multipolar de la geopolítica mundial surgido tras el final de la Guerra Fría. En este panorama, se impone considerar el abandono del paradigma civilizatorio en boga, de base dominante, a favor de uno de índole convivencial y biocéntrica, motivo principal del valioso legado de Iván Illich y su escuela de pensamiento. Al fin y al cabo, la raíz de esta pandemia subyace en la insensata explotación del ser humano y la naturaleza que caracterizan al modelo civilizatorio dominante, la cual ha dado lugar al auge de enfermedades zoonóticas, un modelo cuya ideología de base es el dudoso paradigma de conquista de la naturaleza apuntalado siglos atrás por Francis Bacon. Y, claro está, por la base sistémica y holística que exige, el replanteamiento del paradigma civilizatorio en boga implica de paso la reformulación de la educación y el papel de las tecnologías emergentes. Todo esto teniendo como marco de fondo el valioso legado de Iván Illich.

Palabras claves: Bioética global, COVID-19, convivencialidad, crisis civilizatoria, principio de responsabilidad, gobernanza global.

Abstract

The current pandemic has taken the entire planet by surprise, especially since it still lacks effective global governance in the face of this and other very delicate problems, including global warming, a complicated issue due to the multipolar face of world geopolitics that emerged after the end of the Cold War. In this panorama, it is necessary to consider the abandonment of the prevailing civilizational paradigm, with a dominant base, in favor of one of a convivial and biocentric nature, the main reason for the valuable legacy of Iván Illich and his school of thought. After all, the root of this pandemic lies in the senseless exploitation of human beings and nature that characterize the dominant civilizing model, which has led to the rise of zoonotic diseases, a model whose basic ideology is the dubious paradigm of conquest of nature propped up centuries ago by Francis Bacon. And, of course, due to the systemic and holistic basis that it requires, the rethinking of the civilizational paradigm in vogue implies in passing the reformulation of education and the role of emerging technologies. All this having as a background the valuable legacy of Iván Illich.

Keywords: Global bioethics, COVID-19, conviviality, civilizational crisis, principle of responsibility, global governance.

Fecha de recepción: 25.09.2020

Fecha de aceptación: 14.11.2020

¹ Magíster en Educación Superior de la Pontificia Universidad Javeriana e Ingeniero Químico de la Universidad Nacional de Colombia. Profesor Asociado con Tenencia del Cargo de la Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Minas. Miembro de *The New York Academy of Sciences*, *The History of Science Society*, *The British Society for the History of Science*, *The Newcomen Society for the Study of the History of Engineering and Technology* y *The International Committee for the History of Technology*. Así mismo, fue miembro del Consejo Editorial de la Circular de la Red de Astronomía de Colombia (RAC) hasta el momento de su repentina extinción a comienzos de 2019. Además, ha sido *Biographee* de *Marquis Who's Who*, *American Biographical Institute* e *International Biographical Centre*. De otra parte, ex miembro del grupo de investigación Bioethicsgroup, línea Bioética global y complejidad, coordinado desde la Universidad Militar Nueva Granada, Colombia; y ex miembro del Comité de Ética de la Investigación de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín. Correo electrónico: cesierra48@une.net.co.

EXORDIO: DE PANDEMIAS A LO LARGO DE LA HISTORIA

A propósito de la pandemia en curso de la COVID-19, no parece que sea necesario insistir mucho en cuanto a que tomó por sorpresa al planeta entero, máxime que los mal denominados sistemas de salud no han dado abasto con motivo de su debilitamiento por obra y gracia de las contrarreformas neoliberales puestas en marcha hacia las últimas tres décadas en los países del orbe occidental, sobre todo por la reducción del tamaño de los Estados. Ni siquiera los países del Primer Mundo escapan a este hado nefasto. Por ejemplo, en la ciudad de Roma, las instituciones hospitalarias distan de contar con una infraestructura óptima. Por lo demás, la indisciplina demostrada por las sociedades de los países occidentales ha contribuido sobremanera para complicar el panorama de esta pandemia. Al momento de redactar estas líneas, ha visto la luz una noticia en cuanto a que podría triplicarse el número de muertes durante el último trimestre de este año 2020, con Latinoamérica incluida entre las zonas críticas al respecto (Mosquera, 2020).

Ahora bien, lo que se ha visto con motivo de dicha pandemia no es precisamente una novedad desde el punto de vista histórico. Para muestra un botón, la peste negra, o muerte negra, justo la pandemia más devastadora en la historia de la humanidad, diezmo en grado sumo la población de Eurasia en la Baja Edad Media, en el siglo XIV, con una mortandad estimada entre los 75 y los 200 millones, lo que equivale a hablar de entre el 30% y el 60% de la población europea a la sazón, un cálculo en el que un tercio queda como una estimación muy optimista (Wikipedia, 2020b). Para colmo, tan alta mortandad tuvo entre sus causas el hecho que los europeos de entonces consideraron de manera supersticiosa a la peste de marras como un castigo divino, esto es, ellos adoptaron una postura pseudocientífica como la que más, la cual quedó aunada a la mala higiene de la época. Así las cosas, el desastre demográfico estaba servido. En principio, diríase que algo de esta índole corresponde a un pasado lejano. Empero, al revisar la pandemia actual con detenimiento, salta a la vista que el modo científico de entender el mundo, el buen pensar a la científica, dista en mucho de estar presente en la forma de actuar del grueso de las poblaciones, no solo entre los

sectores incultos y ágrafos, sino incluso entre quienes han tenido el privilegio de cursar estudios universitarios. Sin ir más lejos, en lo que al caso colombiano concierne, las posturas pseudocientíficas han sido notorias en los actores gubernamentales de los niveles nacional, departamental y municipal, al igual que en los directivos de instituciones educativas de diversa índole. En general, lo que suele mostrarse como ciencia ha tendido a quedar reducido las más de las veces a la jerga de los flamantes protocolos de bioseguridad y a las elucubraciones sobre guarismos de infectados, reinfectados, afectados, asintomáticos, muertos, recuperados, etcétera, a los cuales se ha querido investir con virtudes poco menos que taumatúrgicas, con lo cual las sociedades actuales han retrogradado en cierto modo a niveles de pensamiento bajomedievales. En lo esencial, semejante reduccionismo tan solo demuestra con creces la ausencia de un tratamiento de la situación en clave de pensamiento sistémico y holístico. Ante todo, esta pandemia es un indicio significativo más de lo que, sin duda, es una crisis sistémica. Por así decirlo, la naturaleza le está pasando factura a los seres humanos por conducirse como unos gamberros, esto es, por llevar al extremo el paradigma baconiano de conquista de natura con el fin de explotar sus recursos para tan solo enriquecer a unos cuantos.

En el ámbito internacional, han abundado las noticias y las puestas en evidencia del talante pseudocientífico de algunos gobernantes, entre los que han sido notorios los casos de Donald Trump y Jair Bolsonaro. Por ejemplo, tuvo un carácter viral un video reciente en el cual el célebre actor estadounidense Brad Pitt, quien interpreta en el mismo al inmunólogo Anthony Stephen Fauci, se mofa del presidente Trump con motivo de sus pésimas declaraciones públicas en relación con esta pandemia, caracterizadas por un desconocimiento, a la vez que irrespeto, del modo científico de entender la realidad. De hecho, Trump es famoso por ser así mismo un negacionista del cambio climático provocado por causas antropogénicas. En todo caso, la Bioética global presupone, para su manejo eficaz y fructífero, la comprensión y puesta en práctica del modo científico de entender el mundo, máxime cuando se trata de manejar con responsabilidad y sabiduría el gran poder brindado por la tecnociencia a los seres humanos.

En este sentido, la situación en Latinoamérica es hartamente dramática habida cuenta de que es una región que, por una parte, no solo no ha incorporado el buen pensar a la científica, sino que tampoco ha desarrollado una tradición filosófica propia, con una impronta que la distinga de Norteamérica, Europa y otras partes del mundo. En otras palabras, Latinoamérica es una región consumidora de la tecnociencia y filosofía del Primer Mundo, tanto que, a raíz de esta pandemia, ha sido evidente la precariedad en materia de insumos médicos básicos tales como mascarillas, caretas faciales, alcohol, gel antibacterial, medicamentos, respiradores, unidades de cuidado intensivo, kits de diagnóstico, y así por el estilo. Así, hoy más que nunca, la Bioética principialista ha saltado a la palestra con motivo de tal precariedad y escasez, aunque, ante todo, se trata de una Bioética plagada de limitaciones y contradicciones, puesto que, como destacaron Iván Illich y Robert Mendelsohn en un debate llevado a cabo en la Facultad de Medicina de la Universidad de Illinois, Chicago, el 20 de noviembre de 1987, la ética médica se ha quedado en un oxímoron, de la misma clase que el sexo seguro, la protección nuclear, la televisión educativa y la información militar (Illich, 2006: 622). O sea, un panorama con apariencia de elección moral en un contexto intrínsecamente inmoral. En estas condiciones, la Bioética debe ser, según la defendía el propio Van Rensselaer Potter, global. Incluso radical si no perdemos de vista lo defendido con sensatez por el filósofo español Carlos París, quien razona teniendo en mente los abismos de la actual civilización.

CAUTELAS METODOLÓGICAS

Desde un punto de vista tanto epistemológico como fenomenológico, la actual pandemia presupone unos retos no precisamente desdeñables por cuanto estamos ante un maremágnum de pseudociencia con manifestaciones diversas que incluyen la homeopatía, las antivacunas, la medicina ancestral, las noticias falsas (sobre todo, aquellas potenciadas por las redes sociales), las teorías conspirativas infundadas, las pseudoterapias y la paranoia 2.0, todo lo cual acarrea impactos éticos insoslayables y

de gran alcance tanto espacial como temporal. En todo caso, un reto que exige usar cual escudo lo mejor del modo científico de entender el mundo en clave biocéntrica, verdadera luz para sobrellevar la actual oscuridad, en consonancia con lo más excelso de la filosofía, expurgada ésta de los obstáculos y relativismos epistemológicos y axiológicos que tanto ha fomentado la ideología de la posmodernidad, anticientífica como la que más. En otras palabras, si de tratar de elucidar y entender esta pandemia se trata, con mucha mayor razón que de costumbre en el proceder académico, se impone un manejo todavía más riguroso en materia de fuentes de información, de práctica constante de lo que Noam Chomsky denomina certeramente como la defensa propia intelectual, sobre todo porque estamos ante un problema que requiere un abordaje holístico por excelencia, un problema ante el que los enfoques reduccionistas se estrellan por completo. Al fin y al cabo, la ética va de la mano con el contacto íntimo con la compleja realidad del mundo, por lo cual reviste una triple dimensión al menos, a saber: epistemológica, axiológica y fenomenológica.

EL ALMENDRÓN DEL LEGADO DE IVÁN ILLICH

De tanto en tanto, la Internet suele brindarnos unas sorpresas de lo más agradables desde el punto de vista de la alta calidad intelectual y divulgativa. Tal es el caso del blog de José Francisco Escribano Maenza, cuyo lema es de lo más significativo: “Por una transformación integral”. En la presentación respectiva, él dice lo siguiente, unas palabras a buen tono con lo que he dicho antes y con lo que seguirá de aquí en más: “En una época ardua para el conocimiento libre, objetivo y empírico, este blog pretende promover una mayor comprensión de nosotros mismos y del mundo. Ante la infinita manipulación, mentiras, errores, ideologías destructivas, teorías reduccionistas y medias verdades, es necesario que la gente común investigue y exponga la verdad de todas las dimensiones de lo real, igual que de su propia existencia” (Escribano Maenza, 2014). Y no solo la gente común habida cuenta de que, entre las crisis de nuestro tiempo, cabe incluir la llamada crisis de los intelectuales. En especial, me gusta de dicho blog su énfasis en la divulgación de las obras de pensadores clásicos conspicuos,

que comprenden desde la Antigüedad hasta nuestros días. Entre éstos, dicho bloguero ha tenido la muy buena idea de incluir las obras completas de Iván Illich (1926-2002), publicadas por el Fondo de Cultura Económica (Illich, 2002, 2006, 2008), considerado él con toda justicia como el crítico más lúcido y penetrante de las contradicciones y paradojas de las sociedades industriales. Y vaya que su valioso legado adquiere una pertinencia contundente y extrema para ganar en inteligibilidad a propósito de la pandemia en curso de la COVID-19. De facto, desde hace muchos años, existe una corriente de economistas, los economistas de la convivencialidad, quienes, desde Francia, adelantan investigaciones dirigidas a elucidar cómo poner en práctica los diagnósticos y las propuestas que Iván Illich vertió en sus obras. He aquí su página en la Red: <http://convivialisme.org/>. Allí, definen la convivencialidad, o convivialismo, en los siguientes términos: “El convivialismo es la filosofía del arte de vivir juntos, tradicionalmente llamado convivialidad, que exige oponerse sin masacrarse, cuidar la naturaleza y los seres humanos”. Con más precisión, Iván Illich la definió así: “El conjunto de las relaciones autónomas y creativas entre las personas, por un lado, y de las relaciones entre las personas y su entorno por el otro” (Caillé et al., 2012: 7). Sin duda, una concepción biocéntrica y holística como la que más.

De facto, no suele abordarse el pensamiento de Illich en el seno de las instituciones académicas, las cuales, desde este punto de vista, están a la zaga para seguir el pulso a lo que suele pasar en el mundo. Entre las excepciones al respecto, séame permitido señalar lo que suelo hacer en mis cursos de Bioética global de pregrado y posgrado en la Universidad Nacional de Colombia, amén de conferencias dadas al respecto. Ahora bien, aunque el legado de Illich comprende una buena cantidad de libros y artículos, publicados en tres volúmenes (Illich, 2002, 2006, 2008) por el Fondo de Cultura Económica, el principal sello editorial de Latinoamérica, cabe resumirlo en lo esencial con cierta brevedad y concisión. De entrada, el motivo principal del legado de Illich, según mencioné más arriba, es el abordaje de las contradicciones y paradojas de las sociedades industriales, inscritas en un paradigma que él bautizó como sociedades dominantes, esto es, altamente depredadoras de los recursos naturales y explotadoras del ser humano, al punto de emascular su autonomía, lo cual, desde el punto de vista

axiológico, significa que el grueso de las personas quedan impedidas para el pleno ejercicio de la ética, pues, recordemos que ésta precisa necesariamente de sujetos responsables, o sea, con capacidad para responder por sus actos. Por ende, sujetos autónomos. En otras palabras, los sujetos heterónomos no están en posición de ser sujetos éticos, máxime al quedar reducidos a la categoría infame de meros “usuarios” dependientes por obra y gracia de lo que Illich llamó “el monopolio radical de los expertos” de los sistemas propios de las sociedades industriales, como, por ejemplo, los sistemas de educación, los de transporte y los de salud. En marcado contraste, la propuesta de Illich estriba en el paso hacia un paradigma civilizatorio alternativo que denominó con tino como las sociedades convivenciales, cuyo sustrato comprende el fomento de la autonomía de los seres humanos, tornándolos así en reales sujetos éticos, y lo que los economistas de la convivencialidad suelen denominar como la abundancia de la frugalidad, esto es, el uso austero de los recursos naturales, sin sobreexplotarlos, lo cual connota usarlos en la justa medida para nuestras necesidades sin comprometer los derechos de la naturaleza. De este modo, las sociedades convivenciales son sociedades biocéntricas a fuer de la recuperación de la conexión biofílica de los seres humanos, una idea fuerza que encontramos así mismo en la propuesta de la Tercera Revolución Industrial (TRI) del economista estadounidense Jeremy Rifkin (2011) y sus seguidores.

Junto con lo previo, Illich destacó que las instituciones propias de las sociedades dominantes son contraproductivas como las que más. En otras palabras, se da una contraposición entre los fines declarados por los tecnócratas que fungen como expertos radicales de tales instituciones y los resultados reales. Botón de muestra, en los sistemas de transporte, concebidos, según dicen sus expertos radicales, para permitir que las personas se desplacen con mayor eficiencia, sucede en la realidad que, gracias a los habituales trancones en las calles y carreteras, el tiempo requerido para desplazarse queda incrementado de manera significativa. O, en el caso de los sistemas educativos, puede suceder que una persona disciplinada aprenda de manera más eficiente si lo hace por una vía autodidacta por excelencia. Así las cosas, el concepto illicheano de contraproduktividad está en una sintonía nefasta con la

emasculación de la autonomía de los seres humanos. Por el estilo, los sistemas de salud, analizados con detenimiento por Illich en su brillante obra titulada *Némesis médica*, exhiben así mismo su contraproductividad, patente sobre todo en lo que suele conocerse como las enfermedades iatrogénicas.

De facto, la cruda realidad de la pandemia de la COVID-19 ha dejado ver el semblante de enfermedad iatrogénica de la misma, al punto que muchas personas temen con justa razón acudir a las clínicas, los hospitales y los centros de salud dado el riesgo de contagio con semejante virus. Incluso, esto se ha visto en los casos de personas que tienen enfermedades cardiovasculares y otras que no son precisamente de poca monta, lo cual quiere decir que están en curso otras mortandades suscitadas por los temores de acudir a las instituciones propias de los sistemas de salud. Así mismo, como bien se sabe, han abundado en diversos países los episodios de estigmatización del personal médico, al extremo de no facilitarles su labor al ponerle obstáculos al uso de medios de transporte y el ingreso a las unidades residenciales en las que viven médicos y enfermeras, amén de a las tiendas y supermercados. Incluso, no han faltado tampoco los riesgos para sus propias vidas, no solo los debidos al virus de marras. Empero, decir que la COVID-19 es una enfermedad iatrogénica como cualquier otra sería incorrecto por cuanto, en rigor, su causa fundamental estriba en el deterioro de los ecosistemas por causas antropogénicas. En efecto, tanto con esta pandemia como con otras que han tenido lugar a lo largo de la historia reciente, la causa de fondo radica en el contacto demasiado cercano entre el cuerpo humano y los virus con motivo de la deforestación que ha tenido lugar en bosques y selvas, virus que, de no haberse presentado los daños en ciertos ecosistemas, seguirían bien guardados en el interior de los bosques y las selvas. Por así decirlo, civilización y sivilización han marchado de consuno.

En el número de marzo de 2020, el mensuario *Le Monde diplomatique* incluyó un informe especial sobre esta pandemia. En particular, uno de los artículos constitutivos, de autoría de Federico Kukso (2020), brinda algunos detalles históricos relevantes a este respecto. Según él destaca, este virus es una nueva versión de un viejo enemigo,

el último ejemplo de una enfermedad que saltó de los animales a nuestra especie. Por ejemplo, el VIH pasó de los chimpancés a los humanos en la década de 1930. Y se cree que el Mers provino de camellos. En lo esencial, estos virus zoonóticos pueden ser mortales dado que los seres humanos carecemos de inmunidad preexistente a ellos. Es una situación comparable a cierto factor crucial que le permitió a Hernán Cortés someter el imperio azteca y hacerlo así parte del todavía naciente imperio español: él no sabía que contaba con un aliado formidable, el virus de la viruela, traído por los españoles desde Europa y frente al cual sucumbió la población mesoamericana al carecer de defensas. Empero, en la actualidad, a diferencia de siglos pasados, las epidemias y pandemias del hiperconectado siglo XXI se extienden más rápido y más lejos que antes. Si nos fijamos con cuidado, situaciones de esta índole están en la base de la motivación que tuvo Hans Jonas (2004) para fraguar su principio de responsabilidad, concebido precisamente como parte de una ética más eficaz, con base en su heurística del temor, para afrontar los problemas de esta civilización tecnológica, cuyas consecuencias comprenden tanto a quienes viven en las antípodas con respecto a un foco de origen como a las generaciones que aún no nacieron. En concreto, el virus 2019-nCoV viajó hacia cuatro continentes en apenas cinco semanas. Recuerdo que, en el pasado mes de febrero, la prensa nacional de Colombia todavía abrigaba con ingenuidad la esperanza de que la COVID-19 no llegase al país, una situación que refleja con creces los talones de Aquiles en materia de bases científicas del grueso de los periodistas y comunicadores, quienes, como bien decía Umberto Eco, suelen confundir la ciencia con la magia, esto es, establecen un cortocircuito entre la causa y el efecto. En cualquier caso, el mundo de hoy está tan interconectado y cambia con un frenesí tal que los microorganismos cuentan con una miríada de oportunidades para hacer de las suyas, lo cual, bien visto, exacerba la contraproductividad de las instituciones de las sociedades industriales, sobre todo porque son instituciones incapaces de razonar y actuar en clave sistémica.

En otro de los artículos del informe especial del mensuario antedicho, se destaca que, además de la deforestación, los microorganismos han contado con mayores medios para llegar hasta el cuerpo humano y adaptarse gracias a la urbanización y la

industrialización desenfundadas (Shah, 2020). Para muestra un botón, el Ébola ilustra bien esto, cuyo virus apareció con más frecuencia en las zonas de África Central y Occidental que, en época reciente, sufrieron deforestaciones. En concreto, al talar sus bosques, se obligó a los murciélagos a que fueran a colgarse en los árboles de jardines y granjas. De ahí en más, un humano ingiere saliva de murciélago al morder un fruto contaminado con ella o, al tratar de cazar y matar a un bicho de esos, queda expuesto a los microorganismos correspondientes. Por supuesto, a fuer de la propagación exponencial de una enfermedad así, se dispara la epidemia a un santiamén. Otro ejemplo similar tiene que ver con las enfermedades transmitidas por los mosquitos habida cuenta de que, merced a la deforestación, desaparecen la capa de hojas muertas y las raíces, con lo que el agua y los sedimentos chorrean con mayor facilidad sobre un suelo despojado y, en lo sucesivo, bañado por el Sol, formándose charcos favorables para la reproducción de los mosquitos. Pero, no solo se trata de los agentes patógenos que prosperan de esta manera, sino que cabe considerar los que evolucionan en el seno de los sistemas de cría industrial. Es decir, las montañas de deyecciones así producidas brindan a los microorganismos nocivos de origen animal otras oportunidades para infectar a las poblaciones al volcarse aquellas sobre el agua potable y los alimentos. Para colmo, esta problemática queda magnificada a causa de la deplorable formación tanto tecnocientífica como humanista de los ingenieros y técnicos que se desenvuelven en las instalaciones respectivas, carentes en grado sumo de un modo de pensar sistémico y holístico. Están afectados por el síndrome del caballo cochero. Incluso, en el seno del profesorado de las facultades de ciencias e ingeniería cabe apreciar esta terrible problemática. De aquí que el monopolio radical que ejercen los ingenieros de marras sea tan nefasto, lo que los hace más peligrosos que una legión romana y una falange macedonia actuando de consuno. En esta época, dado el empobrecimiento de los currículos por obra y gracia de las contrarreformas neoliberales, han quedado más imposibilitadas que antes las nuevas hornadas de ingenieros, amén de otros profesionales, para adquirir un pensamiento crítico y sistémico por excelencia, máxime que la formación humanista es cada vez más evanescente. Sencillamente, la mayor parte de los ingenieros de hoy da grima, aunque traten de escudarse en lemas institucionales, lemas por el estilo de “trabajo y rectitud”, “ciencia y libertad” y tantos otros que han quedado vacíos de sentido y

sustancia. Es justo el fenómeno que Michel de Montaigne, en el siglo XVI, denominaba de forma certera como la vanidad de las palabras: “Decía un antiguo retórico que su oficio consistía «en abultar las cosas haciendo ver grandes las que son pequeñas»; algo así como un zapatero que acomodara unos zapatos grandes a un pie chico. En Esparta hubieran azotado al tal retórico por profesar un arte tan artificial y embustero. Arquidamo, rey de aquel Estado, oyó con extrañeza grande la respuesta de Tucídides al informarle de quién era más fuerte en la lucha, si Pericles o él: «Eso, dijo el historiador, no es fácil de saber, pues cuando yo le derribo por tierra en la pelea, convence a los que le han visto caer de que no ha habido tal cosa.»” (Montaigne, 2003). Y vaya que el mundo de la ingeniería está afectado por este mal. Por algo, los desastres de ingeniería proliferan en el mundo actual.

UNA CRISIS SISTÉMICA: LA NECESIDAD PERENTORIA DE UNA GOBERNANZA GLOBAL

Hace poco tiempo, Leonardo Boff, ilustre filósofo, teólogo y ecólogo brasileño, llegó a su artículo número mil publicado en Koinonía, un portal de la Iglesia católica brasileña que cuenta con un diapasón variopinto de recursos pastorales. Por cierto, Koinonía es una palabra de origen griego harto significativa habida cuenta de que, en lo fundamental, significa comunión, lo cual ya sugiere un sentido sistémico. Justamente, con frecuencia, Boff insiste en sus artículos en el carácter sistémico de la actual crisis de civilización, no solo al referirse a problemáticas como el cambio climático, la contaminación, la degradación de numerosos ecosistemas, la pérdida de especies animales y vegetales, la pobreza cuasigeneralizada, sino, hacia los últimos meses, a la pandemia de la COVID-19. Sencillamente, él muestra que esta pandemia es algo así como una factura que Gaia le ha pasado a los seres humanos por su obsesión compulsiva en explotar los recursos naturales a ultranza, por comportarse como unos gamberros, justo el resultado de una evidente desconexión biofílica. Ahora bien, estamos ante una problemática diagnosticada en realidad desde hace mucho tiempo, puesto que no puede soslayarse a este respecto la célebre carta atribuida al jefe indígena norteamericano Seattle, de la tribu suwamish, dirigida en 1855 al entonces

presidente de los Estados Unidos, Franklin Pierce, un documento de obligada mención en la literatura habitual en ecología y áreas afines. A continuación, reproduzco algunos párrafos de la misma, que muestran la cosmovisión holística y biofílica propia de la mentalidad indígena americana (Wikipedia, 2020a):

El gran Jefe de Washington nos envía un mensaje para hacernos saber que desea comprar nuestra tierra. También, nos manda palabras de hermandad y de buena voluntad. Agradecemos el detalle, pues, sabemos que no necesita de nuestra amistad. Pero, vamos a considerar su oferta, porque también sabemos de sobra que, de no hacerlo así, quizá el hombre blanco nos arrebatase la tierra con sus armas de fuego.

Pero... ¿Quién puede comprar o vender el cielo o el calor de la tierra? Esa idea es para nosotros extraña. Ni el frescor del aire, ni el brillo del agua son nuestros. ¿Cómo podría alguien comprarlos? Aun así, trataremos de tomar una decisión.

Mis palabras son como las estrellas: eternas, nunca se extinguen. Tenéis que saber que cada trozo de esta tierra es sagrada para mi pueblo. Cada aguja de un abeto, cada playa de arena, cada niebla en la profundidad de los bosques, cada claro entre los árboles, cada insecto que zumba es sagrado para el pensar y sentir de mi pueblo. La savia que sube por los árboles es sagrada experiencia y memoria de mi gente.

Los muertos de los blancos olvidan la tierra en que nacieron cuando desaparecen para vagar por las estrellas. Los nuestros, en cambio, nunca se alejan de la tierra, pues, es la madre de todos nosotros. Somos una parte de ella, y la flor perfumada, el ciervo, el caballo, el águila majestuosa, son nuestros hermanos. Las escarpadas montañas, los prados húmedos, el cuerpo sudoroso del potro y el hombre..., todos pertenecen a la misma familia.

Estimo que carece de importancia establecer si esta carta la escribió realmente o no dicho jefe indígena, si es apócrifa o no, puesto que, en sus lúcidos artículos, Leonardo

Boff suele citar declaraciones por el estilo de parte de líderes indígenas amazónicos de este tiempo. En todo caso, estamos hablando de culturas que no pierden de vista su nexos con la naturaleza, por lo que, en este sentido, tienen mucho que aportar a la mentalidad tanto occidental como de otras regiones, China entre ellas, tan marcadas por una racionalidad instrumental de tres al cuarto. En marcado contraste con las cosmovisiones indígenas americanas y de otras latitudes, las sociedades industriales han terminado por desembocar en una crisis sistémica irreversible, como bien lo muestra Leonardo Boff en reciente columna (Boff, 2020), de la cual reproduzco en extenso lo que sigue por resumir bien el panorama actual de esta pandemia:

Con referencia a la COVID-19, se ha centrado todo en el virus y en lo que tiene que ver con él, hasta la vacuna buscada desenfrenadamente. Todo esto tiene su valor y debe ser hecho, pero no con una visión reduccionista, como la que prevalece. Se considera al virus en sí, aislado, fuera de cualquier contexto. Esto no existe ni en la ciencia ni en el nuevo paradigma, cuya afirmación esencial es que todo está relacionado con todo y nada existe fuera de la relación, ni el coronavirus. Son poquísimos los analistas y epidemiólogos que se refieren a la naturaleza. Y, sin embargo, usando las palabras del físico cuántico y uno de los más respetados ecologistas de mundo, Fritjof Capra: «La pandemia es la respuesta biológica del planeta: el coronavirus debe ser visto como una respuesta biológica de Gaia, nuestro planeta vivo, a la emergencia social y ecológica que la humanidad ha creado para sí misma. La pandemia surgió de un desequilibrio ecológico y tiene consecuencias dramáticas debido a las desigualdades sociales y económicas; la justicia social se vuelve una cuestión de vida o muerte durante una pandemia como la de la COVID-19; ella sólo puede superarse por medio de acciones colectivas y cooperativas».

Vamos a decirlo directamente con nuestras palabras: la COVID-19 es consecuencia del tipo de sociedad que hemos creado en los últimos siglos y que ha adquirido hegemonía mundial bajo el nombre de sistema de producción capitalista con su versión política, el neoliberalismo y la cultura del capital. La obsesión de este sistema (en China lo llaman, erróneamente, «socialismo al

modo chino», pero, en realidad, se trata de un capitalismo feroz y dictatorial de Estado) es poner el lucro por encima de todo, de la vida, de la naturaleza, de cualquier otra consideración. Su ideal es un crecimiento ilimitado de bienes materiales en la suposición de que existen bienes y servicios también ilimitados de la Tierra. El Papa, en su encíclica *“sobre el cuidado de la Casa Común”*, a esta suposición la llama “mentira” (nº 106): un planeta finito no puede soportar un proyecto de crecimiento infinito.

Para alcanzar este objetivo falso y mentiroso, este sistema avanza sobre la naturaleza, la deforesta, contamina suelos y aires, devasta ecosistemas enteros para expandir el agro-negocio, extraer riquezas naturales, disponer de más proteínas animales, más granos como la soja y el maíz y aumentar así el lucro personal o corporativo.

Esta agresión sistemática ha recibido una represalia de la Tierra-Gaia: el surgimiento del calentamiento global, los eventos extremos y, principalmente, una gama diversificada de virus mortales. Estos virus estaban tranquilos en la naturaleza, en un animal o en los árboles. La guerra contra la naturaleza destruyó su hábitat. Para sobrevivir, estos virus pasaron a otros animales o directamente a los humanos.

Ellos están poniendo de rodillas al sistema de acumulación infinita y, especialmente, a la máquina asesina que aquel creó con armas químicas, biológicas y nucleares, que no sirven para atacar al virus. Este es mínimo, casi invisible, del tamaño de 125 nanómetros.

En resumen: El virus viene de la naturaleza (es discutible si viene pasando por el murciélago, el mamífero pangolín o la rata de bambú, poco importa, todos son seres de la naturaleza). Éste es el verdadero contexto de la COVID-19: el sistema de producción capitalista mundial y chino, del que pocos hablan, y mucho menos las redes sociales y de televisión que siguen las 24 horas del día el desarrollo de la tragedia humanitaria que está destruyendo miles de vidas.

Si conseguimos una vacuna que anule sus efectos malignos y elimine el coronavirus, ¿estaremos seguros de haber eliminado el virus mayor, a saber, el sistema, productor de la devastación de la naturaleza y, en consecuencia, de la liberación de más virus? Ésta es una cuestión central, para que no volvamos

simplemente «a lo que había antes», horrible para la gran mayoría de la población y para el equilibrio de la Tierra.

Hasta aquí esta cita pertinente de Leonardo Boff, elocuente en todo caso al compendiar lo esencial de esta crisis de civilización, la que reviste una dimensión de complejidad, no porque sea imposible de elucidar, sino, más bien, porque requiere de una intelección en clave sistémica por excelencia, un modo de pensar del que carece el grueso de las sociedades de esta época, máxime que los mal llamados sistemas educativos no suelen promoverlo al permanecer enquistados en enfoques reduccionistas, no tanto holísticos. En estas condiciones, no sorprende en modo alguno que diversos pronósticos acerca del curso de esta pandemia en equis o ye región del mundo no hayan logrado dar en el blanco, pues, no basta con apenas acopiar datos sobre personas contagiadas, muertes, recuperaciones, reinfecciones y así por el estilo. Así las cosas, al ser un problema de carácter sistémico, la solución frente al mismo, como en el problema del cambio climático, debe pasar necesariamente por la coordinación de reformas y acciones entre todos los países. No obstante, el mundo actual no es el de fines del siglo XX, bipolar a lo sumo, sino que estamos inmersos en un planeta multipolar, con las potencias de vieja data, los Estados Unidos, China, Rusia, Brasil, etcétera, etcétera. Para complicar este panorama complejo, aún no se ve una tendencia decidida hacia el establecimiento de una gobernanza global, justo el enfoque que exige el abordaje de problemas de escala planetaria como el cambio climático, el control de las armas químicas y biológicas, la contaminación y las diversas epidemias y pandemias. Para muestra un botón, en la plataforma Coursera (<https://www.coursera.org/>), dedicada a la educación virtual, surgida en octubre de 2011 merced a algunos académicos de la estadounidense Universidad de Stanford, resulta llamativo que, entre la oferta de cursos que brinda, hay varios de gran calidad dedicados precisamente al análisis de los grandes problemas globales de actualidad. Como el que lleva por nombre *Geopolítica y gobernanza global: Riesgos y oportunidades*, ofrecido por la Escuela Superior de Administración de Empresas (ESADE Business and Law School), adscrita a la Universidad Ramon Llull de Barcelona, el cual está coordinado por Javier Solana, notable político español quien, entre otros cargos, fungió como Secretario General de la OTAN y Comandante en Jefe de la EUFOR. En

pocas palabras, dicho curso está concebido como un ejercicio de prospectiva enfocado en el escenario mundial del año 2030, con una necesidad sentida en la forja de una gobernanza global por lo señalado líneas más arriba.

Ahora bien, preguntémonos lo siguiente: ¿Por qué, después de todo, necesita el mundo instituciones de gobernanza global? En primera instancia, la necesidad de instituciones tales responde a que el mundo, según he destacado antes, tiene un semblante sistémico, esto es, está formado por partes, sean países, sean regiones, que interactúan entre sí y cuya totalidad es más que la mera suma de las partes, máxime al presentar propiedades emergentes, como los avances en ciencia y tecnología. Esto significa que un país o región en particular no puede darse el lujo de seguir su existencia de manera aislada so pena de comprometer su existencia a largo plazo, algo que salta actualmente a la vista con motivo de la pandemia del COVID-19. En segundo lugar, tal necesidad es perentoria habida cuenta de que el mundo pasa por una crisis de civilización, una crisis sistémica, lo que quiere decir que el paradigma de civilización que ha estado vigente desde hace varios siglos, el de las sociedades industriales, cuyo fundamento actual es la Segunda Revolución Industrial, hace aguas a causa del agotamiento de recursos naturales cruciales. En concreto, el mundo depende, para su frenético funcionamiento habitual, de 57 recursos minerales, de los cuales hay agotamiento de, al menos, el 20%. Y otros les seguirán en breve al respecto. Así, en un mundo con recursos menguantes desde hace un buen número de años, son indispensables instituciones eficaces de gobernanza global, puesto que el agotamiento de recursos connota la exacerbación de las guerras por doquier para este siglo XXI, más todavía si hay pandemias. Al fin y al cabo, como bien lo decía el ilustre Isaac Asimov en boca de Salvor Hardin, uno de los protagonistas de su trilogía de ciencia ficción titulada *Fundación*, la violencia es el último recurso del incompetente.

Además del ejemplo de la pandemia actual, y otras que, según se teme, vendrán, incluso más letales, cabe señalar como ejemplos de situaciones que requieren de gobernanza global para su abordaje eficaz el replanteamiento de la economía con el fin de dar el paso hacia un nuevo paradigma de revolución industrial basado en el uso de los recursos naturales renovables, tales como la energía solar, la biomasa, el viento y

otros por el estilo, los que presentan ventajas, tales como el no depender de recursos no renovables localizados en regiones de alta inestabilidad geopolítica, como el Oriente Medio y el Asia Central. Del mismo modo, para el manejo de problemas delicados como el terrorismo y el crimen organizado, imposibles de manejar para un solo país de forma aislada.

Empero, según he destacado más arriba, construir o actualizar las instituciones de gobernanza global no es una tarea fácil, lo cual obedece, en lo esencial, a que la forja de instituciones de esta índole precisa de un hondo compromiso político, tanto internacional como intercontinental. Dicho de otra manera, este compromiso implica una labor hombro con hombro entre los Estados en el tiempo. Por supuesto, esto no es fácil dadas las diferencias políticas, económicas y culturales, como, por ejemplo, se aprecia con el problema del cambio climático en Latinoamérica, cuyos gobiernos no han establecido una colaboración al respecto. Más grave aún, ni siquiera a nivel mundial se aprecia una colaboración sólida, como lo ha demostrado Leonardo Boff, quien suele señalar los fracasos de las cumbres sobre el cambio climático dada la falta de visión sistémica del problema al no haberse superado las miradas propias de los especialistas. En el caso de esta pandemia en curso, en nuestro entorno más inmediato, no dejan de sorprender las dificultades para establecer un esfuerzo mancomunado entre Colombia y Venezuela. ¿Qué diría Simón Bolívar si viese en lo que ha quedado su magno proyecto de la Gran Colombia? Y si esto pasa entre un par de países hermanos, qué no decir de las dificultades que entraña el establecimiento de una gobernanza global propiamente dicha.

Afín con lo previo, crece la dificultad para forjar instituciones de gobernanza global a causa de la reducción del tamaño de los Estados por obra y gracia del capitalismo neoliberal aún en boga, lo que ha dado lugar al hecho que, en Occidente, las corporaciones multinacionales suelen contar con más poder que los mismos Estados, en cierto contraste con China, país cuyo Estado muestra una mayor fortaleza, al punto de contar con un típico capitalismo estatal. Así mismo, conviene señalar de paso tres

problemas cruciales todavía por resolver en el ámbito de las armas químicas, que ilustran bien las dificultades propias de las instituciones actuales de gobernanza global, como la OPAQ (Organización para la Prohibición de las Armas Químicas, u OPCW por su sigla en inglés), recipiendaria del premio Nobel de la Paz en 2013: (1) Las armas químicas abandonadas en otros países, como las dejadas por los japoneses en China; (2) las armas químicas que yacen en los fondos marinos, como el golfo de México, el mar Báltico, el mar del Norte, las cercanías de Hawái y las cercanías de Japón; y (3) los abusos contra la población civil perpetrados con agentes químicos prohibidos para usos bélicos (OPCW, 2016a, 2016b, 2016c).

Vamos un paso más adelante, planteemos dos posibles escenarios para el mundo en el año 2030: uno suponiendo que existan instituciones de gobernanza global relativamente efectivas y otro en un mundo en el que las instituciones de gobernanza global han desaparecido o se han quedado obsoletas.

El mundo en 2030 con instituciones de gobernanza global efectivas: En este caso, cabría abrigar un moderado optimismo en cuanto a que el mundo pudiese iniciar el paso hacia un paradigma alternativo de civilización, biocéntrico y convivencial, lo que connota el uso de recursos naturales renovables, como la energía solar, la biomasa y el viento, aunque no faltarán los conflictos bélicos a causa de la disputa por unos recursos no renovables menguantes, lo cual constituye una amenaza a la seguridad. Ahora bien, el paso hacia el uso de recursos renovables presupone la mutación de la economía hacia una alternativa convivencial, de uso frugal de los recursos, sin desperdicios, de forma que las sociedades estén integradas con la naturaleza, con recuperación de la conexión biofílica. De hecho, hay iniciativas incipientes en este sentido, como la Constitución vigente en Ecuador desde 2008, que reconoce los derechos de la naturaleza. Además, se avizora el comienzo del cambio del eje de la civilización occidental de Europa hacia América. En particular, Roma perderá protagonismo como centro de la cristiandad y el nuevo Vaticano podría estar en Buenos Aires.

Empero, pese a este optimismo moderado, penden cual espada de Damocles los pronósticos de James Lovelock y otros científicos para el año 2030: el colapso de muchos ecosistemas, lo que incluye la pérdida de tierras por el ascenso del nivel de los mares. Así, se teme una reducción drástica de la población mundial conforme avance el siglo XXI, que puede alcanzar un 80% al menos, máxime que las poblaciones envejecen en zonas como Europa, China y Japón. En especial, China tendrá grandes dificultades, ya que la región de Beijing, con unos 400 millones de habitantes, será inhabitable por los fuertes aumentos de temperatura. Por el estilo, habría problemas parecidos en Sudamérica si desaparece la Amazonia. Además, se teme la extinción del 50% de las especies. A raíz de este panorama, Stephen Hawking insistía en que la humanidad debe extenderse más allá de la Tierra, aunque para llevar esto a la práctica precisamos de nuevos avances tecnocientíficos en energía solar, biotecnología, sistemas de propulsión para astronaves y terraformación de planetas. Para colmo, puede trastornarse más el clima planetario ante la deriva del polo norte magnético, pudiendo quedar el nuevo ecuador a la altura de Chicago.

De otro lado, el mundo en 2030 sin instituciones de gobernanza global efectivas: Aquí no cabe abrigar ni siquiera un optimismo moderado habida cuenta de que estaríamos en un mundo sometido a la férula de muchos señores de la guerra, motivados por la disputa en torno a unos recursos no renovables cada vez más menguantes, con unas amenazas mayores para la seguridad del orbe, sin posibilidad de control sobre arsenales de armas químicas, biológicas y nucleares, al igual que sobre vacunas, medicamentos y demás recursos médicos. Desde luego, son parte también de este escenario los pronósticos antedichos sobre reducción drástica de la población mundial y de extinción masiva de especies, incluidos los temores sobre crisis ecológicas en regiones como China y Sudamérica, amén de los temores suscitados por la deriva del polo norte magnético y el arribo de nuevas pandemias, incluso más letales que la actual. Así las cosas, la civilización quedaría reducida a unos focos ubicados en las regiones menos inestables en lo geopolítico, climático y epidemiológico. Y ni que decir tiene que no habría mucha base para una economía globalizada. Más aún, si la

civilización quedase restringida a unos cuantos focos, cabría temer así mismo la involución a niveles preindustriales. En especial, cabe albergar temores en cuanto a que la humanidad pudiese perder muchas de sus conquistas loables en materias como ciencia y cultura. De este modo, adquiere un hondo sentido el diagnóstico lúcido de Morris Berman (2011), quien ve la salvaguarda de tales conquistas en lo que denomina como Nueva Opción Monástica, o sea, la valiosa labor pergeñada, ya en curso, por personas e instituciones alternativas en todo el mundo, no necesariamente pertenecientes a órdenes religiosas, auténticos individuos sacroseculares que evitarían tan infausta pérdida a la espera de un nuevo Renacimiento. En cierto modo, la Nueva Opción Monástica sería una especie de sucedáneo para un mundo colapsado y sin instituciones de gobernanza global, o evanescentes a lo sumo.

EMOCIONES, ECONOMÍA Y GEOPOLÍTICA: EXPRESIÓN DE LA FALTA DE VISIÓN SISTÉMICA

Apenas hay que insistir en cuanto a que la pandemia de la COVID-19 ha brindado muestras a granel de la exacerbación de las emociones, no pocas veces con episodios harto violentos. Botón de muestra, el vídeo que mencioné al comienzo con el actor Brad Pitt, en el que interpreta de forma brillante al inmunólogo Anthony Stephen Fauci, para así ridiculizar al emotivo presidente Donald Trump y sus pésimas apreciaciones en relación con esta pandemia (NBC NEWS, 2020). Pero, claro está, la emotividad no es exclusiva de los jefes de Estado, sino que forma parte consustancial de los seres humanos, todavía más notoria entre los sectores incultos y ágrafos de las poblaciones, incapaces de poner en práctica el modo científico de entender el mundo al no haber sido parte de su precaria e incompleta educación. En su lugar, acuden a cacerolazos y expresiones vandálicas de dudosa jaez.

Poco tiempo atrás, el historietista y cortometrajista español Aleix Saló produjo un llamativo cómic de humor titulado *Cambios de humor colectivos*, con una duración de cerca de seis minutos, inspirado nada menos que en la actual pandemia (Saló, 2020). En concreto, señala en el mismo que existe una variable poco considerada en los

análisis económicos correspondientes, a saber: los cambios de humor colectivos. De los mismos, hemos visto muestras a granel en las primeras semanas de esta pandemia en su expresión de las compras de pánico por todo el orbe. A este respecto, en dicho video, Saló cita unas palabras de James A. Russell, psicólogo e investigador de las emociones humanas, dichas en el año 2003: “Todos los grandes problemas a los que se enfrenta la humanidad tienen relación con las emociones”. Es decir, los seres humanos no son máquinas que respondan ante una crisis siguiendo de forma estricta un protocolo de emergencia para el cual estuviesen programados, ni insectos sociales que, ante la destrucción de su nido o colmena, se den a la tarea de reconstruir al instante la estructura respectiva y sin más dilación. Más bien, la respuesta de los seres humanos ante problemas sociales o económicos está bastante condicionada por su estado de ánimo, lo cual, visto en términos sistémicos, significa que un solo individuo puede contagiar su estado de ánimo a los demás de su entorno, generando incluso fenómenos de gran impacto y alcance. Esto quedó visto hace poco en la forma como diversos países fueron imponiendo un fuerte confinamiento con el fin de frenar la pandemia, puesto que sus poblaciones replicaron las mismas fases de respuesta una tras otra: primero cundió el pánico y corrieron los ciudadanos a los supermercados para abastecerse, incluso de artículos de dudosa prioridad, como el papel higiénico y la comida enlatada; más adelante, el pánico quedó desplazado por la desazón y el aburrimiento a causa del confinamiento prolongado, lo que disparó las compras de licor y chocolate. Más aún, en este orden de ideas, los cambios de humor colectivos están relacionados con los ciclos económicos del mercado de valores. Por mi parte, al reparar durante los pasados seis meses en la clase de mercancías que la gente adquiere en los almacenes, me ha llamado la atención que no suele mostrar mucho sentido común para elegir alimentos realmente nutritivos. Así, la inteligencia es algo evanescente.

Bien pensado, un fenómeno como el anterior sugiere algo todavía más preocupante: si la gente está fuertemente condicionada por sus estados de ánimo al tratar con una crisis, si no es capaz de permanecer en control de sí misma, significa que la dimensión racional, aunque no la instrumental, ha quedado arrumbada ante el embate de

atavismos nefastos, triste recuerdo de edades bárbaras. Por ende, queda en entredicho su autonomía y su competencia para proceder de manera ética. Al momento de redactar estas líneas, están muy frescas las noticias de los recientes disturbios en Bogotá y otras localidades colombianas, con destrucción de algunas infraestructuras y servicios públicos a fuer del vandalismo puesto en juego, cuyas causas incluyen factores varios como el confinamiento prolongado, la depresión económica y la violencia intrafamiliar, sin descartar la infiltración de la insurgencia. Más aún, cabe reparar en todos estos ejemplos en los que las emociones desempeñan un papel protagónico en que las interacciones involucradas connotan pérdidas para las partes involucradas, lo cual es el fundamento que emplea el historiador económico italiano Carlo Cipolla (1998) para definir la estupidez. En fin, no estamos hablando de poblaciones sanas, mentalmente hablando, ni siquiera en lo concerniente a los sectores de población con formación universitaria, como se ha visto en los pasados años con motivo de los movimientos estudiantiles, siempre tan emotivos. Sobre esto, conviene reparar también en que las llamadas primaveras árabes, una expresión popular afín, fueron un fracaso de acuerdo con lo que he tenido ocasión de escuchar en los meses pasados en algunos cursos virtuales impartidos en la plataforma Coursera. Además, conviene reparar en que la pandemia misma tuvo su causa fundamental, de acuerdo, por ejemplo, con lo dicho por Leonardo Boff en el extenso fragmento citado más arriba, en la estupidez e insensatez de toda una civilización por su forma torpe de relacionarse con la naturaleza, esto es, por su obsesión demencial al querer llevar al extremo el paradigma baconiano de conquista de natura. Así, el ser humano perdió de vista que la naturaleza es su hermana, no su enemiga. Carece de visión sistémica y holística. En estas condiciones, acogiendo el diagnóstico lúcido del filósofo español Carlos París (2012), todo un motivo principal en su libro al respecto, la Bioética, más que global, debe ser radical, abarcar hasta la raíz de los grandes problemas y abismos de nuestro tiempo. De lo contrario, queda imposibilitado un abordaje en clave sistémica por excelencia. No tiene sentido algo así como una Bioética a pedacitos, sectorizada y constreñida por el síndrome del caballo cochero.

DE INTELIGENCIA ARTIFICIAL Y PANÓPTICA: EL GRAN HERMANO ORWELLIANO

En sentido moderno, lo que suele denominarse como inteligencia artificial cuenta con unas seis décadas de historia. En principio, un período acaso extenso. No obstante, aún estamos lejos de poder ver una máquina que pueda emular a la perfección la compleja e intrincada inteligencia del ser humano, sobre todo al tratar con situaciones de incertidumbre y en entornos abiertos sin control. En otras palabras, no existe un conjunto de reglas de programación que sea capaz de tratar o anticipar todas las situaciones posibles. Por ejemplo, esto lo vemos con las espléndidas obras de ciencia ficción del celeberrimo Isaac Asimov sobre robots. Propiamente, sus famosas tres leyes de la robótica, todo un compendio de normas éticas para el desenvolvimiento de los robots. Por el estilo, cabe temer que las bioéticas principialistas adolezcan de la misma limitación. Sencillamente, no es posible reducir la rica complejidad del mundo a decálogos, ni a códigos deontológicos. Al fin y al cabo, mientras la realidad es compleja e infinita, los modelos mentales que el ser humano elabora sobre la misma son finitos *per se*.

Con todo, éticamente hablando, lo previo no es óbice para que la inteligencia artificial exhiba hoy día un terrible cariz mefistofélico: los panópticos. Por ejemplo, China, lugar de origen del coronavirus, como lo fue en la Edad Media de la peste bubónica, es la expresión misma del gran hermano orwelliano al ser una sociedad altamente informatizada con fines de control de sus ciudadanos, una sociedad altamente imbuida en el paradigma del *Big Data* y su control, del acopio frenético y obsesivo de datos de toda la gente, hasta de los más nimios. Por así decirlo, si en China cae una hoja de un árbol, el Estado lo sabrá. Precisamente, Byung-Chul Han (2020), un filósofo norcoreano radicado en la ciudad de Berlín, publicó hace poco un artículo en el que subraya que este hipercontrol estatal chino sobre sus ciudadanos es justo lo que le ha permitido, en un tiempo récord, controlar por ahora el brote de coronavirus en su territorio, una cuestión abordada así mismo en programas recientes transmitidos por el canal *Discovery*, dedicados al análisis de las implicaciones de las nuevas tecnologías. En otros términos, este brote pudo controlarse con suma rapidez en China a expensas de la restricción de libertades de sus ciudadanos. En contraste, en los países occidentales,

con un control menos intenso de acuerdo con la percepción de Byung-Chul Han, la crisis de sus sistemas sanitarios ha sido inevitable. Justo al concluir su artículo, él plantea una posibilidad dantesca, a saber: que los países occidentales sientan la fuerte tentación de adoptar ese modelo de estado policial digital chino de aquí en adelante. Desde el punto de vista tanto bioético como político, surge así una cuestión crucial para su análisis: ¿Hasta qué punto cabe admitir que un Estado así “cuide” la vida de sus ciudadanos a cambio de una fuerte restricción de sus libertades? Por supuesto, esto no es algo nuevo, puesto que la historia del totalitarismo, mal que bien, ya brinda ejemplos terribles acerca de esto. Por algo, George Orwell pergeñó ese clásico de la ciencia ficción que lleva por título *1984*. De todos modos, desde hace un buen número de años, vivimos en un mundo que ya superó con creces lo que Orwell alcanzó a imaginar al concebir dicha obra conspicua. Como quiera que sea, estamos sumergidos en panópticos. El gran ojo que todo lo ve. Estamos en un planeta plagado de voyeuristas.

No es para menos. En efecto, ha de señalarse que el paradigma baconiano de conquista de la naturaleza ha hecho de los humanos meros seres heterónomos, simples usuarios de la tecnología, una cuestión harto delicada habida cuenta de que la ética, para su ejercicio óptimo, como ya lo señalé, precisa de individuos autónomos como los que más. Y la inteligencia artificial, a fuer de su énfasis en lo virtual, no es la excepción al respecto al haber promovido la creación de entidades desencarnadas según lo advirtió Iván Illich. Por ejemplo, cabe apreciar esto en una pintura dramática y elocuente del pintor tailandés Anon Lulitananda, titulada *IT Society* (Number 1 Gallery, 2014). La misma refleja la desconexión biofílica de los seres humanos, es decir, ya no miran al cielo, que ha sido fuente de inspiración para nociones neurálgicas como las de cero e infinito, centrales para la ciencia y el disparo del alto pensamiento abstracto. En cambio, los vemos con los ojos pegados, cual idiotas, a las diminutas pantallas de sus teléfonos celulares y sin mirarse entre ellos. Por así decirlo, esta pintura muestra la postración de la inteligencia natural ante la inteligencia artificial. O, dicho a la manera de Iván Illich, ésta es una típica tecnología dominante al emascular la autonomía humana. Así, los “dueños” de los teléfonos celulares quedan constreñidos a ser

usuarios por obra y gracia del monopolio radical ejercido por los correspondientes expertos tecnócratas. Así, la inteligencia artificial ha devenido en artefactos que tienden a emascular cada vez más la autonomía humana, máxime al haber despojado todavía más a las personas de su logos, esto es, la razón como capacidad humana. Para colmo, el grueso de tales usuarios resulta incapaz de reparar su “propio” teléfono móvil en caso de daño. En estas condiciones, los panópticos cuentan con un terreno bien abonado para hacer de las suyas.

¿Cómo se da la desencarnación promovida por esta tecnología emergente? Iván Illich (2008a: 556-557) lo expresa de esta manera: «Durante el decenio de 1970 a 1980 la computadora reemplazó rápidamente al libro como metáfora primordial para visualizar al yo, sus actividades y sus relaciones con el entorno. Las palabras se han rebajado al nivel de “unidades de información”; el discurso, al rango de “uso de la lengua”; la conversación se ha asimilado a lo que llaman la “comunicación oral”; y el texto, continuación de signos que anotan sonidos, se redujo a una cadena de “bits”». En otras palabras, el espacio mental fomentado por la cibernética es todavía más heterónimo. Y con un lenguaje así de empobrecido, un ser humano apenas cuenta con un mundo reducido en grado sumo, sin posibilidad de entenderlo y abarcarlo, por lo que carece de la capacidad de pensamiento crítico. Es justo la idea orwelliana de neolengua en 1984.

Ahora bien, las implicaciones de esta mutación del espacio mental son todavía más delicadas, ya que han hecho añicos las dotes de razonamiento como ha mostrado Nicholas Carr (2011). A propósito del auge de la Internet, Carr (2011: 183-185) destaca que lo que Frederick Winslow Taylor, autor de *Los principios de la administración científica*, empeñado en la utopía de la eficiencia perfecta, hizo para el trabajo manual, Google lo está haciendo para el mental. Esto es, merced al poder creciente que los ingenieros informáticos y programadores de *software*, expertos radicales al fin de cuentas, ejercen sobre nuestras vidas intelectuales y sociales, la distópica ética de Taylor comienza a regir el reino de la mente. Sencillamente, la Internet es una máquina

diseñada para recoger, transmitir y manipular de forma eficiente y automatizada información en cuantías ingentes, al punto que los expertos de marras pretenden hallar el método óptimo, el algoritmo perfecto, para desempeñar los movimientos mentales de la tarea del conocimiento. Así, no es casual que el taylorismo sea la religión practicada en Google dada su obsesión por cuantificar todo. En fin, Carr, a buen tono con lo diagnosticado antes por Illich, ha establecido que nuestro cerebro cambia en respuesta a nuestra experiencia, y que las tecnologías de la información y la comunicación alteran nuestros procesos neuronales. Más aún, cada tecnología de éstas conlleva una ética intelectual. En otras palabras, mientras el libro impreso ha servido para centrar nuestra atención, fomentando el pensamiento profundo y creativo, la Internet promueve el picoteo rápido y distraído de pequeñas porciones de información de muchas fuentes. Así las cosas, su ética es una de índole industrial, de velocidad y eficiencia. Incluso, es una ética contraproduktiva como la que más, pues, sus resultados contrastan sobremanera con los fines declarados por los expertos radicales, como cabe apreciar, por ejemplo, con la proliferación de desastres de ingeniería habida cuenta de que, en la formación de los ingenieros de hoy, predomina sobremanera el aprendizaje de paquetes de simulación a granel en detrimento de la comprensión de los principios y fundamentos tecnocientíficos concomitantes. Por así decirlo, muy duchos para manejar Excel, pero, lerdos para explicar de manera satisfactoria por qué no se caen de la puta silla en la que están sentados. En suma, toda una distopía.

En lo tocante a esta pandemia, en materia de inteligencia artificial, han surgido fuertes dudas a propósito de la real utilidad de las aplicaciones de rastreo. Sobre todo con motivo de las amenazas a la privacidad de los datos de las personas. Por ejemplo, en lo concerniente a la aplicación lanzada por el gobierno colombiano, *CoronaApp*, una de las primeras aplicaciones en el mundo que incorporó la funcionalidad de rastreo digital de contacto, ya está establecido que ni funciona, ni funcionará (Botero, 2020). Por el estilo, otras aplicaciones, como la lanzada por la Alcaldía de Medellín con un nombre flamante a la vez que ridículo: *Medellín me cuida*. Al fin y al cabo, Medellín figura entre las urbes más peligrosas, inseguras y contaminadas del planeta. Con todo, pese al

cuestionamiento de su efectividad, las aplicaciones de marras se multiplican por doquier como verdolaga en playa. En todo caso, estas aplicaciones demuestran a las claras la brillante y profunda noción illicheana de monopolio radical de los expertos. ¿Acaso necesitamos que un Estado o una administración, sea municipal, sea empresarial, sea educativa, nos “cuide”? Más gracioso aún resulta preguntarse de qué sirve una aplicación de esas si se carece de la adecuada infraestructura hospitalaria y de salud en general, amén de sistemas de justicia en todo sentido, incluido el empleo digno de las personas. Si admitiésemos a la ligera la necesidad de tal cuidado, estaríamos ante la negación misma del concepto neurálgico de autonomía humana, tan central para el ejercicio de la ética propiamente dicha.

En rigor, las cosas no han cambiado mucho en relación con el lejano pasado, salvo por la sofisticación tecnológica en general en virtud de la inteligencia artificial mal encausada. En su conocida obra titulada *Vigilar y castigar*, Michel Foucault brinda un relato llamativo en lo que a esto concierne, en la sección dedicada al panoptismo, del cual reproduzco *in extenso* la parte inicial en vista de su interés intrínseco (Foucault, 2002: 192-194):

He aquí, según un reglamento de fines del siglo XVIII, las medidas que había que adoptar cuando se declaraba la peste en una ciudad.

En primer lugar, una estricta división espacial: cierre, naturalmente, de la ciudad y del "terruño", prohibición de salir de la zona bajo pena de la vida, sacrificio de todos los animales errantes; división de la ciudad en secciones distintas en las que se establece el poder de un intendente. Cada calle queda bajo la autoridad de un síndico, que la vigila; si la abandonara, sería castigado con la muerte. El día designado, se ordena a cada cual que se encierre en su casa, con la prohibición de salir de ella so pena de la vida. El síndico cierra en persona, por el exterior, la puerta de cada casa, y se lleva la llave, que entrega al intendente de sección; éste la conserva hasta el término de la cuarentena. Cada familia habrá hecho sus provisiones; pero por lo que respecta al vino y al pan, se habrá dispuesto entre la

calle y el interior de las casas unos pequeños canales de madera, por los cuales se hace llegar a cada cual su ración, sin que haya comunicación entre los proveedores y los habitantes; en cuanto a la carne, el pescado y las hierbas, se utilizan poleas y cestas. Cuando es preciso en absoluto salir de las casas, se hace por turno, y evitando todo encuentro. No circulan por las calles más que los intendentes, los síndicos, los soldados de la guardia, y también entre las casas infectadas, de un cadáver a otro, los "cuervos", que es indiferente abandonar a la muerte. Son éstos "gentes de poca monta, que trasportan a los enfermos, entierran a los muertos, limpian y hacen muchos oficios viles y abyectos". Espacio recortado, inmóvil, petrificado. Cada cual está pegado a su puesto. Y si se mueve, le va en ello la vida, contagio o castigo.

La inspección funciona sin cesar. La mirada está por doquier en movimiento: "Un cuerpo de milicia considerable, mandado por buenos oficiales y gentes de bien", cuerpos de guardia en las puertas, en el ayuntamiento y en todas las secciones para que la obediencia del pueblo sea más rápida y la autoridad de los magistrados más absoluta, "así como para vigilar todos los desórdenes, latrocinios y saqueos". En las puertas, puestos de vigilancia; al extremo de cada calle, centinelas. Todos los días, el intendente recorre la sección que tiene a su cargo, se entera de si los síndicos cumplen su misión, si los vecinos tienen de qué quejarse; "vigilan sus actos". Todos los días también, pasa el síndico por la calle de que es responsable; se detiene delante de cada casa; hace que se asomen todos los vecinos a las ventanas (los que viven del lado del patio tienen asignada una ventana que da a la calle a la que ningún otro puede asomarse); llama a cada cual por su nombre; se informa del estado de todos, uno por uno, "en lo cual los vecinos estarán obligados a decir la verdad bajo pena de la vida"; si alguno no se presenta en la ventana, el síndico debe preguntar el motivo; "así descubrirá fácilmente si se ocultan muertos o enfermos". Cada cual encerrado en su jaula, cada cual asomándose a su ventana, respondiendo al ser nombrado y mostrándose cuando se le llama, es la gran revista de los vivos y de los muertos.

Esta vigilancia se apoya en un sistema de registro permanente: informes de los síndicos a los intendentes, de los intendentes a los regidores o al alcalde. Al

comienzo del "encierro", se establece, uno por uno, el papel de todos los vecinos presentes en la ciudad; se consigna "el nombre, la edad, el sexo, sin excepción de condición"; un ejemplar para el intendente de la sección, otro para la oficina del ayuntamiento, otro más para que el síndico pueda pasar la lista diaria. De todo lo que se advierte en el curso de las visitas —muertes, enfermedades, reclamaciones, irregularidades— se toma nota, que se trasmite a los intendentes y a los magistrados. Éstos tienen autoridad sobre los cuidados médicos; han designado un médico responsable, y ningún otro puede atender enfermos, ningún boticario preparar medicamentos, ningún confesor visitar a un enfermo, sin haber recibido de él un billete escrito "para impedir que se oculte y trate, a escondidas de los magistrados, a enfermos contagiosos". El registro de lo patológico debe ser constante y centralizado. La relación de cada cual con su enfermedad y su muerte pasa por las instancias del poder, el registro a que éstas la someten y las decisiones que toman.

En suma, en el siglo XVIII, hasta los menores movimientos estaban controlados en situaciones de epidemias; y todos los acontecimientos, registrados. Por tanto, la pandemia actual no ha aportado ninguna novedad de fondo en lo que a esto atañe, carece de originalidad, se le ha dado de nuevo rienda suelta a la libertad de limitarse. Así las cosas, volvemos al debate planteado por Iván Illich y Robert Mendelsohn en la Facultad de Medicina de la Universidad de Illinois, Chicago, el 20 de noviembre de 1987, esto es, que la ética médica se ha quedado en un mero oxímoron, tales como el sexo seguro, la protección nuclear, la televisión educativa y la información militar (Illich, 2006: 622). Y añadamos a esta lista de ejemplos al respecto: el cuidado gubernamental y el cuidado administrativo hacia los sujetos gobernados o administrados. O sea, un panorama con apariencia de elección moral en un contexto intrínsecamente inmoral, un contexto que, como advierte Illich, debe su forma a la extensión de la medicina, desde la concepción hasta la cosecha de órganos. De esta suerte, ya no interesa el sufrimiento de la persona enferma, sino que el objeto de los cuidados, bajo la férula estatal, municipal, empresarial y educativa, es ahora algo abstruso que llama "la vida humana". O sea, la metamorfosis de una persona en "una

vida”, una operación que, como destaca Illich, resulta devastadora al ser la “vida” un simple objeto de gestión médica, profesional y administrativa. Más aún, este discurso cuenta, para su legitimación, con el amparo de la racionalización tecnocientífica de talante instrumental y reduccionista, aunque no tenga garantizado dar siempre en el blanco. En suma, a lo que Illich llega con esto es a que ha quedado eclipsada la antigua práctica de la virtud en el arte de sufrir y de morir. Ni se diga si, como vimos más arriba a propósito del descontrol de las emociones en esta pandemia, se obnubila y desvanece el buen pensar a la científica, aquel que permite comprender el mundo. De aquí que, a mi juicio, adquiere más relevancia la necesidad sentida por Carlos París, esto es, la de una Bioética radical, o sea, el replanteamiento a fondo del desastroso paradigma de civilización en boga, dominante como el que más, de cara a su reemplazo por un paradigma de civilización convivencial y biocéntrica. De lo contrario, está muy en entredicho la continuidad de los seres humanos sobre la faz de la Tierra. Y decir esto incluye de paso el replanteamiento a fondo de la educación.

LA CIENCIA COMO UNA LUZ EN LA OSCURIDAD: REFORMULACIÓN DE LA EDUCACIÓN

Desde hace décadas, cada vez que algún pensador de fuste se ha ocupado de las crisis de civilización y cuestiones afines, termina por tratar de forma inevitable en algún momento lo atinente a la reformulación de la educación en sintonía con una concepción alternativa de sociedad biocéntrica de uno u otro tipo. Por ejemplo, Jeremy Rifkin tanto en su libro intitulado *Entropía: hacia el mundo invernadero* (Rifkin y Howard, 1990) como en uno más reciente: *La Tercera Revolución Industrial* (Rifkin, 2011). Del mismo modo, Carl Edward Sagan en varios de sus primorosos libros, como en *Cosmos*, *Un punto azul pálido* y *El mundo y sus demonios* (Sagan, 1985, 1996, 1997). O James Lovelock en sus certeros libros motivados por la inminente crisis ecológica global (Lovelock, 2007, 2011). Y, sobre todo, Iván Illich con su lúcida visión de las sociedades convivenciales y la mayor pertinencia de una educación desescolarizada. Y así por el estilo con muchos otros pensadores esclarecidos, algunos incluso del siglo XIX. En fin, tales propuestas siguen de actualidad en forma dramática con motivo de problemas como el cambio climático, la contaminación, el agotamiento de diversos

recursos no renovables y la actual pandemia. Después de todo, los malhadados programas de estudios siguen todavía de espaldas a la naturaleza y nuestra perdida conexión biofílica, un problema de vieja data, puesto que Margaret Mead (1957), la conspicua antropóloga, se ocupó del mismo en un artículo memorable publicado en el semanario *Science*, artículo que, a su vez, influyó de manera notable en la génesis del pensamiento bioético global de Van Rensselar Potter. Peor aún, las generaciones más jóvenes producen preocupación en grado sumo por cuanto exhiben múltiples talones de Aquiles en lo relativo a la adquisición de habilidades de alto pensamiento abstracto y crítico, un problema magnificado por el mal uso de las novísimas tecnologías de la información y la comunicación. De facto, esto suelo verlo casi a diario en los mentideros universitarios y académicos. Cuanto extraño a estudiantes como los que tuve hace dos o tres décadas, salvo por algunas excepciones.

Por supuesto, al repensar la educación en clave biocéntrica, no hemos de perder de vista las tecnologías emergentes. Sin duda, como no cabe esperar que quede abandonada o superada la tecnología de la inteligencia artificial, como no es cuestión de demonizarla, conviene pensar acerca de su reorientación en clave convivencial, por lo que estaríamos hablando de un tremendo giro copernicano en lo que a esto concierne. Desde luego, es un reto de grandes proporciones a causa de que, mientras el paradigma baconiano implica un modo de hacer ciencia que cabe resumir, en clave illicheana, como *science for people*, que hace de la gente dependiente del monopolio radical de los expertos tecnocráticos, que la condena a ser meros usuarios heterónomos, en fuerte contraste, la tecnociencia convivencial concibe la ciencia en tanto *science by people*, en la que las personas ya no son objetos de investigación y se implican en la búsqueda de alternativas que promueven los valores de uso y los ámbitos de comunidad, algo a lo que la inteligencia artificial no debería sustraerse. En fin, sería insensato alegar una inconmensurabilidad de paradigmas en lo relativo a esta ineludible cuestión, sobre todo si se tiene en mente que las investigaciones actuales en Bioética incluyen lo atinente a las tecnologías emergentes, como los quehaceres de la investigación científica, las tecnologías de la información y la comunicación, los negocios, el ambiente, los organismos genéticamente modificados, la medicina, la

experimentación en humanos y animales, las tecnologías reproductivas asistidas, las células madre, las tecnologías de mejoramiento para deportistas y soldados, etcétera, todas éstas analizadas en detalle por Thomas F. Budinger y Miriam D. Budinger (2006). Esto significa que, reorientada en forma responsable, la inteligencia artificial puede sintonizar con la concepción de sociedades de talante biocéntrico, más allá de quedarse enquistada en promover unos distópicos estados totalitarios policiales a la usanza de China. Por ejemplo, para fines altamente educativos, de promoción de la autonomía de las personas. Desde luego, es un reto descomunal y exigente, pero ineludible en cualquier caso. Por fortuna, hay investigadores en el campo de la inteligencia artificial que propugnan por los usos éticos de la misma, como, botón de muestra, Carlos Gershenson García, adscrito a la Universidad Nacional Autónoma de México. Así, no todo está perdido al respecto.

De facto, desde hace algunas décadas incluso, se han visto iniciativas fructíferas y encomiables en la dirección del fomento de la autonomía de la gente y la recuperación de su evanescente conexión biofílica. Entre las más tempranas, cabe señalar la labor loable de Rabindranath Tagore en su India natal, el primer premio Nobel de literatura hindú, quien interactuó así mismo con Albert Einstein. En la actualidad, ha rescatado su valioso legado la filósofa estadounidense Martha C. Nussbaum, buena conocedora del mundo hindú, cuya preocupación radica en la infausta evanescencia de la formación humanista en los currículos actuales, como cabe apreciar con sumo detalle en varios de sus libros (Nussbaum, 2005, 2009, 2011, 2012). En nuestra Latinoamérica, imperdonable fuera pasar por alto, aparte del legado de Iván Illich que ha inspirado este artículo, la labor meritoria del brasileño Paulo Freire, artífice de la pedagogía del oprimido, labor reconocida incluso en otros países, como España y Alemania, como tuve ocasión de apreciar hace poco, con motivo de una serie de webinars sobre educación no presencial de emergencia ofrecida por la Universidad Abierta de Cataluña (UOC por sus iniciales en lengua catalana), al escucharlo en boca de alguna profesora adscrita a la misma. Por cierto, hay un llamativo libro escrito en coautoría entre Illich y Freire, que tuve oportunidad de conocer años atrás al pasar una tarde muy agradable en la biblioteca que más me encanta en Colombia, la Biblioteca General

de la Pontificia Universidad Javeriana en Bogotá. Sucede que ambos pensadores, pese a sus divergencias, compartían los fundamentos humanistas cristianos de su sufrimiento por la sociedad enajenada (Puiggrós, 2005: 17). En el caso de Iván Illich, él cuenta una experiencia muy llamativa en una región de la India, rural y atrasada en lo tecnológico, en la cual lograron montar, con base en televisión y bibliotecas, una red de aprendizaje manejada por las propias comunidades, sin depender en modo alguno de expertos que ejerciesen un monopolio radical, que merece la pena reproducir (Illich, 2008: 57):

En Trivandrum, en la India meridional, vi una de las alternativas más exitosas a una forma particular de dependencia hacia un producto estandarizado: la instrucción y el diploma como formas privilegiadas del saber. Mil setecientos pueblos se dotaron de bibliotecas, cada una conteniendo por lo menos un millar de títulos. Ese número les basta para ser miembros de la Kerala Shastra Sahitya Parishad, a condición de que presten un mínimo de 3 000 volúmenes por año. Me sentí extremadamente reconfortado al ver que por lo menos en esa región precisa del mundo las bibliotecas montadas y financiadas por los mismos pueblos han transformado la escuela en anexo de la biblioteca, mientras que en el resto del mundo, en los últimos 10 años, la biblioteca se volvió un simple depósito de material pedagógico que se consulta únicamente bajo la dirección de un profesional de la enseñanza. Del mismo modo, en Bihar, Médico Internacional constituye una tentativa comunitaria local para desmedicalizar los cuidados de la salud sin caer en la trampa del “médico descalzo” chino que, relegado al nivel más bajo, no deja por ello de insertarse en una jerarquía estatal de biocontrol.

Empero, aún queda un largo trecho por recorrer en esta dirección habida cuenta de que el mundo permanece incólume y enhiesto en la insensatez inherente a la tecnociencia dominante. Hoy día, esta insensatez salta a la vista con la obsesión enfermiza en las universidades colombianas, en plena pandemia, por lucirse a como dé lugar con la parafernalia de los discutibles procesos de acreditación de los programas

de estudios, cuyo significado de fondo, aparte de su semblante neocolonial patente, es la ausencia de crítica y cuestionamiento en lo relativo al paradigma de civilización en boga que ha dado lugar, entre otros males, al calentamiento global y la actual pandemia. De todos modos, puesto que nadie puede dar de lo que no tiene, carece de sentido exigirle a un profesorado y unas directivas sin talante biofílico que razonen, reflexionen y actúen en consecuencia. Así las cosas, se imponen las siguientes dos preguntas: ¿Qué características debe poseer un paradigma educativo alternativo más allá de esta pandemia? ¿Y qué clase de personas deben echarlo a andar? En cuanto a la primera cuestión, legados como el de Iván Illich y otros pensadores de fuste como los que he destacado antes brindan la información necesaria. Poco hay que añadir al respecto, cuestiones de detalle a lo sumo. Ahora bien, conviene detenerse más en la respuesta para la segunda pregunta. Ante todo, seamos realistas y prácticos. De entrada, conviene no cifrar esperanzas en el mundo universitario en general, sino en sus profesores, directivos y estudiantes de excepción, con un talante biocéntrico indudable, quienes entran a ser así parte de un mundo, acogiendo el término adecuado propuesto por Morris Berman, de nueva opción monástica, de individuos sacroseculares que buscan preservar lo mejor de la ciencia y la cultura. En suma, un mundo de forja y preservación de zonas de inteligencia. Así mismo, como lo han demostrado estos meses de cuarentenas y confinamientos, las poblaciones en general, dada la indisciplina de la que han hecho gala, tampoco constituyen un sector fiable para apuntalar la puesta en marcha de un paradigma educativo alternativo. En todo caso, los hechos son tozudos, dado que la Historia, esa gran maestra, demuestra con creces que las grandes ideas e iniciativas han sido fruto del esfuerzo de individualidades ambiciosas y descontentadizas, de altos espíritus que no se conforman con la machaconería y el achabacanamiento. Por lo demás, estimo innecesario insistir en que los sectores estatal y empresarial no prometen mucho a este respecto, salvo por sus individuos de excepción, parte así mismo de la nueva opción monástica. Al fin y al cabo, no existe algo que quepa denominar como capitalismo misericordioso y convivencial. En suma, como destaca con tino Leonardo Boff (2008: 209-219), cabe fiarse más bien de las revoluciones moleculares, esto es, de los cambios que, a escala personal, nacen en los corazones de las personas conscientes y comprometidas, irrigando así su entorno inmediato. Más aún, reparemos en que esta

sugestiva propuesta de Boff apunta en la deseable dirección de promover la autonomía de las personas en consonancia con la recuperación de su conexión biofílica.

En las actuales circunstancias de pandemia, adquieren mayor nivel de certeza los pronósticos acerca de una reducción drástica de la población mundial en lo que sigue de este siglo XXI, máxime ante el temor de nuevas pandemias, sobre todo aquellos pronósticos debidos a James Lovelock y otros científicos ante el colapso de ecosistemas que cabe temer de aquí al año 2030. Por tanto, es hora de replantear unos sistemas educativos vacíos de sentido que, en el mejor de los casos, apenas sirven para formar cuadros técnicos de magín inope para los entornos gubernamentales y empresariales, no para el desarrollo de las comunidades en clave biocéntrica y convivencial. Al fin y al cabo, de acuerdo con lo que dice con tino Jorge Wagensberg, al definir lo que es la interdisciplinariedad: “La naturaleza no tiene la culpa de los planes de estudio y de los proyectos de investigación de escuelas y universidades” (Wagensberg, 2003: 77). En suma, como bien lo dice Illich con una expresión rica en imágenes, hemos de pasar del hombre prometeico al hombre epimeteico, esto es, del hombre contra la naturaleza al hombre como parte de la misma (Illich, 2006: 288-298). Sin duda, la fiesta se acabó, lo cual nos lo ha recordado un virus que no podemos apreciar a simple vista.

CONCLUSIONES

Llegados a este punto, las conclusiones que cabe derivar se caen de su peso, a saber: (1) La urgencia, a la vez que conveniencia, de acabar de rescatar el valioso legado de Iván Illich y su escuela, puesto que no viene al caso volver a diagnosticar problemas civilizatorios abordados con rigor, junto con sus soluciones más sensatas; (2) por ende, enfocar la atención hacia el replanteamiento del actual paradigma civilizatorio en crisis y su paso perentorio hacia uno de base biocéntrica y convivencial, pues, la raíz última de esta pandemia subyace en una crisis sistémica como la que más; (3) la necesidad urgente de una gobernanza global de cara a enfrentar problemas de amplio alcance

como el cambio climático y la pandemia en curso; (4) y, junto con esto, la necesidad, también urgente, de reformular a fondo unos modelos educativos obsoletos y carentes de polo a tierra que han hecho añicos la conexión biofílica del ser humano dada su falta de base holística y sistémica. Todo esto sobre la base de la actividad pertinente llevada a cabo en la perspectiva de la nueva opción monástica según la define Morris Berman, lo que significa no esperar, como si fuésemos menores de edad, a que los Estados o las corporaciones procedan de forma decidida, eficaz y ética de cara a los grandes abismos que encara la actual civilización en crisis. Como bien lo dice Brad Pitt en su brillante interpretación de Anthony Stephen Fauci, los milagros no pueden ser el plan B. Ante todo, seamos convivenciales.

FUENTES

BERMAN, Morris. (2011). *El crepúsculo de la cultura americana*. México: Sexto Piso.

BUDINGER, T. F. Y BUDINGER, M. D. (2006). *Ethics of emerging technologies*. Hoboken: John Wiley & Sons, Inc.

BOFF, Leonardo. (2008). *La opción-Tierra: La solución para la Tierra no cae del cielo*. Santander: Sal Terrae.

BOFF, Leonardo. (2020). *COVID-19: de nada sirve sólo limar los dientes al lobo*. Recuperado de <http://www.servicioskoinonia.org/boff/articulo.php?num=1001>.

BOTERO, Carolina. (2020). *CoronaApp ni funciona, ni funcionará*. Recuperado de <https://lasillavacia.com/silla-llena/red-de-la-innovacion/coronapp-ni-funciona-ni-funcionara-76471>.

CAILLÉ, Alain et al. (2012). *Acerca de la convivencialidad: Dialogos sobre la sociedad convivencial venidera*. Buenos Aires: Nueva Visión.

CARR, N. (2011). *Superficiales: ¿Qué está haciendo Internet con nuestras mentes?* Bogotá: Taurus.

CIPOLLA, Carlo M. (1998). *Allegro ma non troppo*. Barcelona: Grijalbo Mondadori.

FOUCAULT, Michel. (2002). *Vigilar y castigar: El nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores Argentina.

HAN, Byung-Chul. (2020). La emergencia viral y el mundo de mañana. Recuperado de <https://elpais.com/ideas/2020-03-21/la-emergencia-viral-y-el-mundo-de-manana-byung-chul-han-el-filosofo-surcoreano-que-piensa-desde-berlin.html>.

ILLICH, Iván. (2002). *En el viñedo del texto: Etología de la lectura: Un comentario al "Didascalicon" de Hugo de San Víctor*. México: Fondo de Cultura Económica.

ILLICH, Iván. (2006). *Obras reunidas: Volumen I*. México: Fondo de Cultura Económica.

ILLICH, Iván. (2008). *Obras reunidas: Volumen II*. México: Fondo de Cultura Económica.

JONAS, Hans. (2004). *El principio de responsabilidad: Ensayo de una ética para la civilización tecnológica*. Barcelona: Herder.

KUKSO, Federico. (2020). *Mitos y verdades de la pandemia de coronavirus: Cuando las alarmas no sonaron*. En: *Le Monde diplomatique (Edición Colombia)*, Año VII, N° 197, pp. 20-21.

LOVELOCK, James. (2007). *La venganza de la Tierra*. Barcelona: Planeta.

LOVELOCK, James. (2011). *La Tierra se agota*. Bogotá: Planeta.

MEAD, M. (1957). *Towards more vivid utopias*. En: *Science*, Vol, 126, N° 3280, pp. 957-961.

MONTAIGNE, Michel de. (2003). *Ensayos*. Recuperado de http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/ensayos-de-montaigne-0/html/fefb17e2-82b1-11df-acc7-002185ce6064_160.html#l_64_.

MOSQUERA, Eddy. (2020). *Muertes por COVID-19 podrían triplicarse en últimos meses del 2020*. Recuperado de https://caracol.com.co/radio/2020/09/06/internacional/1599353757_677111.html.

NBC NEWS. (26 de abril de 2020). *Watch Brad Pitt As Dr. Fauci Diagnose Trump's COVID-19 Response On 'SNL'* [Archivo de video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=zGZNdc3QnJY>.

NUMBER 1 GALLERY. (2014). *Anon Lulitananda*. Recuperado de <http://www.number1gallery.com/Artist.aspx?name=anon-lulitananda>.

NUSSBAUM, Martha. (2005). *El cultivo de la humanidad: Una defensa clásica de la reforma en la educación liberal*. Barcelona: Paidós.

NUSSBAUM, Martha. (2009). *India*. Barcelona: Paidós.

NUSSBAUM, Martha C. (2011). *Sin fines de lucro: Por qué la democracia necesita de las humanidades*. Bogotá: Katz.

NUSSBAUM, Martha. (2012). *Crear capacidades: Propuesta para el desarrollo humano*. Barcelona: Paidós.

OPAQ. (2016a). *Ficha descriptiva 4: ¿Qué es un arma química?* La Haya: OPAQ.

OPAQ. (2016b). *Ficha descriptiva 6: Eliminación de las armas químicas y de las instalaciones de producción de armas químicas*. La Haya: OPAQ.

OPAQ. (2016c). *Ficha descriptiva 7: Vigilancia de las sustancias químicas con posibles aplicaciones como armas químicas*. La Haya: OPAQ.

PARÍS, Carlos. (2012). *Ética radical: Los abismos de la actual civilización*. Madrid: Tecnos.

PUIGGRÓS, Adriana. (2005). *De Simón Rodríguez a Paulo Freire: Educación para la integración iberoamericana*. Bogotá: Convenio Andrés Bello.

RIFKIN, Jeremy y HOWARD, Ted. (1990). *Entropía: Hacia el mundo invernadero*. Barcelona: Urano.

RIFKIN, Jeremy. (2011). *La Tercera Revolución Industrial*. Barcelona: Paidós.

SAGAN, Carl. (1985). *Cosmos*. Barcelona: Planeta.

SAGAN, Carl. (1996). *Un punto azul pálido: Una visión del futuro humano en el espacio*. Barcelona: Planeta.

SAGAN, Carl. (1997). *El mundo y sus demonios: La ciencia como una luz en la oscuridad*. Bogotá: Planeta.

SALÓ, Aleix. (1° de junio de 2020). *Cambios de humor colectivos* [Archivo de video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=pe-97uKdalw>.

SHAH, Sonia. (2020). *¿Por qué apareció el coronavirus COVID-19?: Regalos envenenados*. En: *Le Monde diplomatique (Edición Colombia)*, Año VII, N° 197, pp. 22-23.

WAGENSBERG, Jorge. (2003). *Si la naturaleza es la respuesta, ¿cuál era la pregunta? Y otros quinientos pensamientos sobre la incertidumbre*. Barcelona: Tusquets.

WIKIPEDIA. (2020a). *Jefe Seattle*. Recuperado de https://es.wikipedia.org/wiki/Jefe_Seattle.

WIKIPEDIA. (2020b). *Peste negra*. Recuperado de https://es.wikipedia.org/wiki/Peste_negra.